

# Hablamos

POR BLANCA ÁLVAREZ CABALLERO

Presentación de *La Colmena* en el café literario tunaAstral (1994).



A Virginia Aguirre Escamilla

Hablamos de la pintura de Gonzalo Utrilla, Felipe Santiago Gutiérrez y los dibujos de Coffeen Serpas; de Felipito, como ella lo nombraba. Hablamos de la escultura de Fernando Cano y de Manuel Felguérez; de Baudelaire, de Marcela de Juan; de las mujeres escribanas y los conjuros con que convocan a una maga; de las mujeres que fuman en la calle y las que lo hacen sentadas ante una taza de café; de madrugadas acompañadas de un buen vino, un cigarro y un poema.

Hablamos de la importancia de tener una ventana con jardines alrededor de la oficina; de tomar diario café, leche o chocolate, disfrutar los platillos y el color azul turquesa; del sol sentido por el cristal de alguna tarde; de la vida que va y la que retorna; de los marinos que se van y los que llegan: de dosificar la depresión, de vivir más.

Hablamos del arcoíris y su espléndida sonrisa al esperar la simpatía del otro. Hablamos mientras reía y yo me carcajeaba por la sarcástica y fina manera de comunicar sus pensamientos.

Hablamos de su sentido incluyente de la vida, su amplísima cultura y la transparencia de sus rostros en su variada personalidad; de mi admiración por su apertura a lo diverso, lo extranjero y su visión ética del mundo. Hablamos de su calidez humana, situada más allá de las barreras generacionales, ocupacionales y académicas.

Hablamos a la una, a las cinco y a cualquier hora del día en que me recibía con un abrazo; mientras la charla se prolongaba por dos y casi hasta tres horas. Nunca me dijo que tenía que irse o que debía trabajar en el momento. Me acompañó diez años en mis visitas inesperadas a varias oficinas donde ella creó, interactuó y laboró siempre gustosa.

Hablamos del desarrollo de *La Colmena*; de su enriquecimiento estético, temático y de su natural y siempre artística manera de conectar a los universitarios con los otros.

Agradezco su calidez al encontrarnos y despedirnos, sus consejos, su apertura a lo local, lo universal y lo novedoso; las puertas que me abrió y aún lo hace; su motivación y su *cachuy*. Sé que no se ha ido porque ella está presente.

Agradezco profundísimamente su sabiduría, su gran poder de comunicación, su extraordinario humor –capaz de hacer reír y sonrojar a las personas más amargas de la Tierra–, su maravilloso conocimiento de las artes, especialmente de la literatura que tanto disfrutaba: el acto de crear, y su bondad de hierro.